—¿Se ha portado bien ese pilluelo?

—Sí, le debemos la vida—dijo Margarita.

—Y la honra, agregó Alejandra.

—No perdamos tiempo. Vuelvo, Margarita; vuelvo, hija mia.

D. Plácido besó la frente de Alejandra, y bajó precipitadamente diciendo:

—¡Qué dia! ¡qué dia! Es el mas feliz de mí vida.....

XVII.

A saco.

EL pueblo de México no podia soportar por mas tiempo aquellas circunstancias, y apesar de su carácter dulce y de su natural generoso, comenzaron á levantarse en masa los barrios de la ciudad, pidiendo "pan."

Los primeros dias se le pudo engañar; pero despues no fué posible, y se recurrió á uno de los medios mas reprobados; se le hizo entender que en algunas casas particulares habia depósitos ocultos, y aquellas masas se lanzaban al allanamiento y al saqueo de la casa designada, capitaneados algunas veces por alguno de los generales que mandaban las fuerzas sitiadas, ó por algunos oficiales superiores.

En la época en que vá pasando ya nuestra historia, estas escenas de desórden eran muy frecuentes.

D. Plácido salió del meson, y se dirijió á la casa de D. Juan, con ánimo de llevar de allí ropa y todo lo necesario, para que Margarita y su hija pudieran salir á la calle.

Pensaba despues marchar á Santiago á dar la buena noticia á Caralmuro.

Distraido con estos pensamientos, no habia notado que el coche, al acercarse á la casa, habia comenzado á caminar mas despacio por la inmensa muchedumbre que llenaba la calle, hasta que por fin se detuvo, sin poder avanzar ni retroceder.

Entonces D. Plácido volvió en sí de su meditacion, y observó lo que pasaba.

—¿Qué hay?—preguntó.

—Señor—dijo el lacayo que estaba ya á la portezuela—no se puede seguir adelante.

—¿Por qué?

—No sé; pero hay tanta gente en la calle, que solo á pié se podrá llegar á la casa.

—Es extraño: ¿qué será? Abre.

El lacayo abrió la puerta del carruaje, y D. Plácido descendió.

La muchedumbre llenaba la calle desde una acera hasta la otra: habia un verdadero tumulto; aquellas olas hacian una especie de flujo y reflujo, entre el cual de cuando en cuando se notaban movimientos extraordinarios, como de repulsion y atraccion.

Allí habia hombres y mugeres de lo mas bajo de los barrios, de la clase mas infeliz de la sociedad; alli estaban los trages desgarrados, incomprensibles, indescriptibles, incopiables; fisonomías patibularias y sombrías; figuras y rasgos que parecian no haber sido bañados nunca por la luz del sol; muchachos que parecian haber brotado entre las sombras y con la humedad de los sotános ó de los subterráneos; y se impulsaban unos á los otros, y se agrupaban y se estrechaban hasta formar como una mazorca humana, y hasta que un movimiento que venia del centro, los rechazaba y los desunia.

Solo en estos momentos era posible penetrar allí, porque pasada esta ondulacion, ni el viento habria podido cruzar entre aquellos cuerpos, que no formaban mas que uno solo.

D. Plácido sintió en el corazon una especie de presentimiento siniestro, y se lanzó con la cabeza agachada entre la multitud, para atravesarla.

A fuerza de luchar, rechazando al uno, apoyandose en otro, derribando al de mas allá, y siempre seguido de maldiciones, de injurias y de denuestos, con la ropa hecha pedazos, sudando y fatigado, llegó hasta frente á la casa, levantó la cara y lanzó un grito.

La casa habia sido allanada, y la multitud la invadia.

La gente entraba y salia como un cordon de hormigas, sacando siempre alguna cosa. Era que se apoderaban de todas las provisiones que habia en la despensa de la casa de Caralmuro.

D. Plácido entró sin vacilar en el fondo. Unos hombres, con el mayor órden, repartian al pueblo cuanto encontraban: se habia reglamentado el saqueo.

Ciego de cólera el viejo soldado de la independencia, se lanzó sobre aquellos que con tanta sangre fria ocupaban la propiedad agena.

—¿Y quién les ha dicho á ustedes que han de venir á mi casa á robar?

—Mire usted lo que dice—dijo uno de ellos—Nos está usted faltando sin darle motivo:

—Pues qué, ¿les parece poco venir á saquear una casa?

—Esto no es saqueo—dijo otro—Venimos aqui por órden del general.... .

—¿De qué general?

—Del general Márquez.

—¡Mentira! porque he ido yo esta mañana á verle, llevandole diez mil pesos, que aqui está el recibo; y no podia mandarme catear hoy—Ya verán ustedes con él.

Los hombres habian comenzado á espantarse, y abandonaban ya aun los restos de provisiones que tenian en la mano; las gentes del pueblo se detenian, esperando el resultado de aque-

lla escena. Todo anunciaba que la energia de D. Plácido iba á triunfar sobre la malevolencia de los agentes de policia, cuando otros dos agentes aparecieron en la escena.

—¡Qué caso le hacen ustedes á este hombre!—dijo uno—Ni esta es su casa, ni tiene que ver aqui.

—¿No es mi casa?—dijo con furor D. Plácido.

—No es su casa de usted, y usted no quiere mas que protejer á estos ricos que han escondido todas las provisiones para matar de hambre al pueblo y ayudar á los chinacos.

—¿Qué dice usted?—gritó D. Plácido.

—La verdad que usted no es mas que un entrometido, adulador de los ricos.....

No habia concluido aun el esbirro su frase, cuando ya D. Plácido le habia echado por tierra de un puñetazo. Entonces los otros se lanzaron sobre él, esgrimiendo los marrazos que traian ocultos debajo de sus zarapes.—D. Plácido retrocedió, y se apoderó de una silla.

El combate era desigual; pero los policías estaban acobardados, y D. Plácido ciego de furor.

La silla se hizo pedazos, pero otro policía vino al suelo; y el viejo hizo una arma de los fragmentos y cerró contra sus enemigos.

D. Plácido vió á poca distancia el marrazo de uno de los heridos, y se apoderó de él. Esta fué la señal de la fuga de los demas esbirros.

El público veia aquel combate como si asistiera á una corrida de toros, y la fuga de la policía fué acojida con una salva de silvidos estrepitosa.

D. Plácido, encarnizado, perseguia entre la multitud á sus enemigos, cuando un soberbio garrotazo aplicado en la cabeza, le hizo caer sin sentido.

Los fugitivos tuvieron el triunfo por suyo, y antes de volver en sí, ya D. Plácido estaba desarmado y atado.

A esta sazon, un gefe se presentó en la casa, é informado de lo que pasaba, hizo traer una fuerza, mandó retirar á la gente, y conducir en unas camillas á la Diputacion, á D. Plácido y á dos policías que habian resultado heridos.

Leonor y Salvadora, refugiadas en la pieza mas apartada, habian escuchado el rumor espantoso del tumulto, los gritos de la multitud y los golpes que daban para forzar las puertas de la casa; despues el silencio que reinó durante la riña de D. Plácido con la policía, los gritos y los silvidos; y por último, el murmullo del pueblo que se retiraba, y el ruido del zaguan al cerrarse.

Pasó algun tiempo: todo parecia haberse calmado; pero aun no se atrevian á salir de su encierro. Al fin oyeron llamar á la puerta.

—¿Qué hay? dijo Leonor.

—Señorita, que todos se han ido ya.

—¿Se fueron?

—Sí; pero ha sucedido una desgracia: se llevan al señor D. Plácido en una camilla, porque le han lastimado.

—¿Pero cómo? dijo Leonor saliendo.

La criada le contó cuanto habia ocurrido.

Leonor se quedaba enteramente sola; D. Juan preso, porque ella al fin habia llegado á saberlo, y D. Plácido herido y preso tambien. Tembló al pensar que estaba casi á disposicion de Doña Salvadora; y entonces le ocurrió como única esperanza, escribir lo acontecido á Mondragon, suplicandole fuese á acompañarla. Le puso una carta, y el lacayo salió violentamente á llevarla.

Doña Salvadora, atarantada con aquellos acontecimientos, en lo menos que pensaba era en abusar de su posicion; y que en obsequio de la verdad, aquella muger no era tan mala.

Cuando D. Plácido comenzó á reñir con los policías, D. Celso, mezclado entre la multitud, lo observaba; vió la derrota de

los suyos, y mandó aquel auxilio, que bien aleccionado, precipitó el lance.

Valdespino no abandonó la casa hasta que vió salir la camilla que llevaba á D. Plácido.

—Enemigo menos, decia metiendose las manos en los bolsillos; esto marcha bien.

De repente pasó á su lado un muchacho con un gran canasto de provisiones de las tomadas en la casa.

—¡Cacomixtle! exclamó D. Celso.

Cacomixtle volvió el rostro y lo conoció. Valdespino estendió la mano para cojerle; pero el chico desapareció entre la multitud, escurriendose como una anguila; y cuando D. Celso quiso perseguirle, no pudo ver siquiera el rumbo que habia tomado.

XVIII.

La llave de un secreto.

EN la casa de Ines todo caminaba, como se dice vulgarmente, "á pedir de boca." Pablo, mas bueno y mas amoroso cada dia; Ines mas contenta, y Feliciana mas satisfecha.

Pablo era rico, y el sitio le encontró prevenido. Si no hubiera pensado mas que en él, quizá no se habria acordado de nada; pero pensaba en su Ines, y esto le volvió precavido.

En todas las casas que visitaba, veia el afan de las familias para reunir víveres, y el temor á las escaseces del sitio; y consideró que Ines era pobre, que no podia hacer acópio de nada; y comprendió lo que se le esperaba.—Por eso el dia menos pensado Feliciana vió entrar en su casa al criado de confianza de Pablo, seguido de cuatro cargadores, que llevaban grandes cajas con todo género de provisiones.

Así, pues, para ellas no habia necesidad, ni aun privacion: solo la carne podia escasear; pero pagandola un poco, ó un mu-

cho mas cara, siempre se conseguia. Ademas, para tranquilizarlas enteramente, Pablo les aseguró que él por su parte tenia un repuesto mas que regular.

Ines no salia de la casa; Feliciana por el contrario, con esa curiosidad propia de la vejez, se estaba la mayor parte del dia en la calle "sabiendo noticias," que iba luego muy alegre á comunicar á Ines.

Pablo las acompañaba todos los dias á la hora de la comida, y volvia despues en las noches, riendo de todo corazon de las noticias de Feliciana, porque la pobre muger creia de buena fé las mas tremendas vulgaridades.

Un dia noticiaba la toma de Querétaro antes que tuviera efecto; otro, contaba que el Emperador estaba en Cuautitlan, cuando era ya prisionero; otro, que iba á haber guerra entre los liberales; otro que Juarez venia con cincuenta mil hombres armados de picos, palas y azadones, para arrasar á México, y el resultado de todo era que se enojaba porque Ines no se lo queria creer, y porque Pablo se reia.

—Nunca les vuelvo á dar una noticia—les decia; Y en la tarde, cuando venia con la contraria, comenzaba diciendo:

—La verdad, que ustedes tenian razon esta mañana.

En una de sus escursiones, Feliciana se encontró con la limosnera que habia conocido en casa de Mondragon.

—Doña Feliciana—le dijo aquella muger—me ha tenido usted esperandola todo el dia hasta las ocho de la noche.

—Si estaba enferma—contestó Feliciana, no atreviendose á confesar su falta de exactitud y de empeño.

—Pero han pasado muchos dias, y bien podia usted haberme buscado, como yo la he buscado á usted, hasta encontrarla. Usted no sabe cuánto importa lo que le tengo que decir.

—Como yo no sabia donde vivia usted.....

—¿Cuándo podemos hablar despacio, y en qué lugar?

—Ahora mismo, si importa mucho.

—Importa: y ademas, que me parece dificil encontrar otra oportunidad mejor: ¿adonde vamos?

—A mi casa, es lo mas seguro.

—¿No es mejor en otra parte?

—¿Pero donde?

—Nos entraremos á una Iglesia.

—Tiene usted razon: aquí está cerca San Lorenzo, y ahora debe haber poca gente.

—Pues vamos.

Las dos se dirijieron á la Iglesia de San Lorenzo. El templo estaba casi solo, y no se oia mas que el murmullo de uno que otro devoto que rezaba, y los pasos que resonaban en las bóvedas, de algun sacristan que atravesaba la Iglesia. El ambiente frio que corria por su nave, aumentaba el sentimiento natural de respeto que inspiraba aquel lugar.

Feliciana y la limosnera se arrodillaron en el rincon mas oscuro y solitario, y se persignaron devotamente.

—Con que digame usted—dijo Feliciana, sentándose sobre sus mismas piernas.

—Comenzaré, dijo la limosnera, por preguntar á usted si es Doña Feliciana Navas, muger ó viuda de D. Procopio Martinez, que vivian hace diez y siete años en los Llanos de Apam.

—La misma soy: viuda de D. Procopio Martinez, que de Dios goce.

—¿Recuerda usted que por aquel tiempo le entregaron á usted una niña recien nacida?

—Y bien me acuerdo, como que.....

—Y esa niña ¿vive?

—Sí vive.

—Y usted ¿á qué iba á la casa del Señor Mondragon?

—Y eso ¿para qué lo quiere usted saber?—dijo enojada Feliciana.

—No se incomode usted: respóndame, que nada pierde con eso, y tal vez pueda saber muchas cosas que ignora.

—Pues iba yo á buscar á la Señora Doña Matilde, muger del Señor Mondragon, que fué la que me entregó á mi la niña: si usted sabe la historia, debia saber esto tambien.

—Sí lo sé, porque entonces yo era la criada de confianza de la Señora Matilde.—¿Y qué le dijeron á usted en casa de Mondragon?

—Que la señora habia muerto; pero entonces me acordé que en aquel tiempo tambien estaba allí Doña Estefanía, madre de la señora, y ella podia decirme algo respecto al nacimiento de la niña, que era lo que queria.

—¿Y no ha llegado usted á hablar con Doña Estefanía?

—No he podido: se me han atravesado varias cosas que me lo han impedido.

—Pues nada hubiera usted conseguido, porque no llevaba usted la llave de este secreto.

—¿Y cuál es la llave?

—Ya se la voy á dar á usted.

Y la muger sacó del seno un gran papel, doblado cuidadosamente.

—Este papel—le dijo—es el certificado de la entrega de la niña, firmado por Doña Matilde: ella me le dió con órden de entregársele á usted cuando la encontrara: usted verá en él que Doña Estefanía es la única que mediante lo que ahí dice, puede descubrirle á usted quiénes son los padres de esa niña. Pero para que yo se lo dé á usted, es preciso que me jure que vá á hacer lo que yo le diga.

—Lo prometo.

—¿Me lo jura usted?

—Se lo juro.

—Es muy sencillo: busca usted á Doña Estefanía, le dice usted su nombre, luego le enseña usted este papel; pero le prohibo á usted decirle cómo ha venido á dar á sus manos, y ademas le prohibo el que me busque en lo de adelante, el que se dé por mi conocida: en fin, el que usted hable á nadie de nada de lo que le ha pasado conmigo. Me lo ha jurado usted.

—Lo cumpliré: ¿y si Doña Estefanía me pregunta de dónde me viene este papel?

—Le dice usted que lo recibió con la niña.

—Y á ella, á Inés ¿qué le digo?

—¿Quién es Ines?

—La niña, que asi se llama.

—A ella, por ahora, nada; nada en lo absoluto. Doña Estefanía dirá á usted lo que debe hacer, pero mientras que ella no le dé á usted licencia de contarle ni de decirle nada á Ines usted nada le dice.

—Muy bien.

—Me ha jurado usted no hacer mas que lo que le he dicho.

—Y lo cumpliré.

—Pues adios, hasta la eternidad,—dijo la limosnera levantándose.

—Adios,—contestó Doña Feliciana emocionada con esa despedida.

La limosnera, que no era otra que la "Guacha," salió del templo, y Doña Feliciana abrió el pliego y lo leyó.

"Conste por el presente, que hoy 1º de Enero de 1851, entrego una niña de dos dias de nacida, á D. Procopio Martinez y á Doña Feliciana Navas su muger. Mi madre Doña Estefanía podrá si quiere algun dia decir quienes son los padres de esta criatura.—Matilde Frias de Mondragon.

—Pues yo buscaré á esa Señora, á ver si quiere decir quienes son esos padres,—dijo para si Feliciana,—Entre tanto, mucho secreto, que se lo he jurado á esa pobre muger; y en la Iglesia, para que mas valga.

Guardó el escrito cuidadosamente; y tomando agua bendita, se salió tan preocupada, que no pensó ya ni en buscar nuevas noticias de política para llevárselas á Ines.